

Juan Antonio Rosado: *Las dulzuras del limbo*

José Francisco Mendoza

Un intento de caracterización global de los nueve cuentos que componen el libro *Las dulzuras del Limbo* (Praxis, 2003), de Juan Antonio Rosado, podría quedar en estos términos: son historias desarrolladas en espacios urbanos o en sus proximidades, donde actúan seres frustrados o consumidos por la rutina, los cuales, en la mayoría de los casos, encuentran en las relaciones sexuales un paliativo, un escape o una forma de sobrevivir.

El gran escenario, la pista o la pasarela donde estos seres destrozados por la rutina duermen, deambulan, trabajan, estudian, comen, se enamoran y copulan es la ciudad de México y su zona metropolitana. Hay más de una referencia: San Ángel, Plaza San Jacinto, La Merced, Glorieta del metro Insurgentes, el periférico, carretera Naucalpan-Toluca, Cuatro Caminos, Vía Gustavo Baz, San Rafael y las calles Neutrón, Electrón y Protón del Parque Industrial Naucalpan, donde se ubica la fábrica a la que fueron a buscar trabajo los dos protagonistas de la magistral narración “Destino de átomos”. Es la ciudad de México actual y la del futuro, sin el Xochimilco de canales y flores, en la extravagante historia de ciencia ficción “Florido laude”.

En cuatro de los cuentos, el espacio adquiere relevancia y carácter imprescindible. En “Las luces opacas”, las protagonistas pasan de una zona más o menos familiar de matorrales y arbustos amarillentos a otra indefinida e incierta, como su destino. En “Vuelta de paseo”, la parte superior de la barda que circunda la azotea de un alto edificio se convierte en el punto desde el cual un oficinista que quiso ser actor provoca asombro y curiosidad. En un fétido y deprimente cuarto de hotel de paso, la prostituta adolescente de “El nombre en el espejo” tiene que tolerar una y otra vez a clientes impotentes, morosos e insolventes. En ese lugar es también donde intentan acuchillarla, donde ella mata y donde, al parecer, piensa seguir representando el mismo papel.

Una colonia de la zona metropolitana del Distrito Federal, por carecer de señalamientos que permitan entrar a ella, recorrerla y abandonarla, se convierte en la trampa que, en “Destino de átomos”, retiene a dos vacacionistas ansiosos de llegar a sus casas.

En cuanto a los actores, llama la atención que en tres cuentos sean hombres dedicados a labores de oficina y con un fracaso en su vida matrimonial a cues-

tas. Una misma situación existencial, tres diferentes salidas: uno entabla una relación con una prostituta y la continúa con otra al ser abandonado; ha escogido ir de prostituta en prostituta. Otro, luego de ser abandonado por su amante, recurre al absurdo de exhibirse desde la azotea de un edificio para llenar su hueco existencial. Al tercero le llega un remedio inesperado: una novia de juventud lo invita a participar de una manera muy peculiar en una relación lésbica.

Los restantes protagonistas no coinciden ni en circunstancias vitales ni en formas de responder a ellas. Por ejemplo, Alma, de “Florido Laude”, movida por su amor patológico hacia las plantas, se hace un trasplante vegetal de cabeza. Claudia, de “Revelación”, a disgusto con todo y con todos, se va de viaje y reanuda la escritura de su diario.

190

Excepto las narraciones “Las luces opacas” y “Florido Laude”, las restantes siete quedan hermanadas por la alusión al acto sexual o su descripción sucinta o detallada. En una presentación amarillista podría decir que al hojear el libro se oyen jadeos, gemidos y suspiros, o que al voltear cada hoja para continuar con la lectura, la división a la mitad del libro, que separa una y otra nueva página, se transforma momentáneamente en la raya vaginal o en la que divide a los traseros. También podría decir, hablando en el mismo color, que de varias páginas escurren sudor y semen.

Podría también examinar el carácter erótico de estos pasajes, es decir, la manera artística como se presentan. Sin embargo, lo que voy a hacer es resaltar su carácter de acontecimientos, de acciones trascendentales que inician, mantienen o concluyen la historia que se está contando.

Tanto en “Higiénica entrega” como en “Vuelta de paseo”, los dos oficinistas hacen del coito diario —uno con su amante y el otro con una prostituta—, el sustento para vivir. En cambio, para la prostituta de “El nombre en el espejo”, los múltiples coitos cotidianos son lo que la ayuda a sobrevivir.

En “Revelación”, el haber hecho el amor Claudia con Rolfo “como perros en celo” sirve como catalizador para que ella abandone su actitud abúlica, apática y de desgano, y tome las riendas de su aburrida vida. En “Destino de átomos”, el predecible acostón que tienen los protagonistas (uno con Amanda y el otro con Vicky) el mismo día en que las conocen, cambia radicalmente la ruta vital por la que hasta entonces transitaban:

Cuando Amanda propuso que fuéramos a su casa, sentí en todo mi ser —y pienso que mi amigo también— una abrupta y salvaje conmoción. No sólo se trataba de la paulatina depauperación que implicaba nuestra nueva circunstancia, sino de una transformación total: convertirse en otros. Fue un sentimiento envolvente del que sólo quise ser llevado por inercia hasta la sorpresa que nos depararían las insalvables consecuencias. El tónico del amor fue consumiendo la neurosis, mientras que el tiempo consumaba la costumbre (p. 95).

En este terreno de las relaciones que unen historias, hay que destacar similitudes y diferencias entre cuatro cuentos. Tanto en “Las luces opacas” como en “Destino de átomos”, los protagonistas regresan de un viaje e inesperadamente quedan atrapados. Mientras que en “Las luces opacas” las protagonistas se extravían en una zona no muy bien identificada y su futuro es incierto, en “Destino de átomos” el espacio es identificable y los protagonistas pueden manipular su futuro, excepto en lo concerniente a salir del lugar.

En el caso de “Higiénica entrega” y de “El nombre en el espejo”, actúan prostitutas con nombres falsos. Si en la primera historia la prostituta cuenta con un cliente de planta al cual abandona, por lo que es sustituida, en “El nombre en el espejo” los clientes son de entrada por salida. Al dejarla tras la consumación del acto, ella tiene que buscar otros. Cuando mata a uno, se ve obligada a cambiar de nombre y de lugar de operaciones para seguir consiguiendo clientela.

191

En conclusión, *Las dulzuras del Limbo* es trabajo de un profesional, no de un aficionado entusiasta. Juan Antonio Rosado refrenda, ahora en narrativa, la capacidad mostrada en obras anteriores. Desde los primeros párrafos de estos cuentos, el lector advertirá el conocimiento y dominio que posee Juan Antonio tanto de las estructuras literarias como de las sintácticas. La muestra más depurada de este dominio es “El nombre en el espejo”, cuento construido predominantemente a base de oraciones simples coordinadas, yuxtapuestas o independientes, frases nominales de extensión variable, estilo indirecto libre, oraciones subordinadas de infinitivo sin la subordinante y frases en que se juega con el significado. Para terminar, no encuentro nada más apropiado que el siguiente párrafo del cuento que acabo de mencionar:

Otra masa sudorosa, tan impersonal como todas, dirige su deseo con el ¿cuánto? en los dientes y el bulto entre las piernas. Una vez más la súplica de pagar al final, pero con la tenaz terquedad de ver y tocar esos senos escondidos, al parecer prominentes. La súplica sólo resonó dos veces. Retirar el sostén y oler la decepción lechosa, los pezones negros, turgentes, estropeados [...] Siempre es difícil en épocas de lactancia. No hay tiempo para descansar. El niño. La criada que lo cuida [...] ¿Cuándo acabará esta masa? Quizá cuando la conciencia de Estela haya despertado sobre la breve compañía del novio, las represiones de la madre alcoholizada y los abusos sexuales del padre. Pero el hombre tarda. La ha cambiado de posición cuatro veces. Por atrás, como una esfinge con el pecho sobre la cama y las nalgas paradas. Por arriba. Por abajo. De lado. Dura sequedad burlada por el fluido artificial de aquel envase de plástico sobre la mesita de madera. Si no se viene, que se vaya. Es difícil abstraerse de los tres colores: leche, sangre y semen. El enojo en el semblante colorado y la violenta negativa de pagar. ¿Dinero? ¿Cuál dinero, mi amor? ¿Si no ha pasado nada! Eres mala, mala. Me recuerdas a una muñeca de hule sin vagina vibradora. Eres mala. Un absoluto cinismo. Nunca antes nadie se

había rehusado, a pesar de los persistentes fluidos de este cuerpo sin cuerpo. ¿Cómo proteger su trabajo? ¿Qué importa el bebé de la puta envuelta en un caos de líquidos, en una eterna menstruación que desde hace varias semanas la desconcierta porque no la puede explicar?

Juan Antonio Rosado, *Las dulzuras del Limbo*. México, Praxis, 2003. 105 pp.
(El puro cuento)